***FRANCISCA AGUIRRE: LA MEMORIA ILUMINADA, por Pilar Verdú del Campo***

***(29 de enero, 2015- Universidad Politécnica de Valencia)***

 Hay un término del campo de la psicología referido al fenómeno por el que podemos recordar con precisión y viveza emocional lo que sucedió en algún momento impactante y decisivo para nosotros mismos o para la Humanidad. Por eso podemos revivir qué hacíamos, con quién estábamos, qué sentimos nosotros y quienes nos rodeaban cuando nos enteramos de una noticia impresionante. Esa capacidad es nombrada en inglés como “flashbulb”, que en castellano ha sido traducida por Diego Redolar en su libro *El cerebro cambiante* por el precioso sintagma “memoria iluminada”.

 En cuanto lo escuché, de inmediato mi mente lo asoció a la poesía de Francisca Aguirre. Porque eso es su poesía: una búsqueda continua de la iluminación de la memoria para poder sanarla. Luego recordé que la antología que la Institución Alfonso el Magnánimo había publicado en 2002 se titulaba *Memoria arrodillada*. Pero ella, que es una rebelde, escribirá *Niégate a que el destino te arrodille*, y tengo la sensación de que Francisca ha perdonado más ofensas que ofendido. Una vez sí se arrodilló, siendo una niña, para pedir clemencia por su padre, el pintor Lorenzo Aguirre, y no fue escuchada. Ese ajusticiamiento –qué perverso uso de la palabra- bajo el régimen de Franco fue el más terrible suceso de la terrible guerra que tuvo que vivir, dado que nació en 1930 porque llegó *a la vida demasiado pronto. Señor, qué imperdonable.*

 Aquella niña tuvo, entre la oscuridad, la bendición de encontrar de la mano especialmente de su madre calor de la música y la literatura, *porque un libro, señores, es una prenda de abrigo*:

*Cierto que no tuvimos nada,*

*que muchas veces nos faltaba todo.*

*Pero aunque algunos días no comimos,*

*tuvimos una radio para oír a Beethoven,*

*y un día de Reyes de mil novecientos cuarenta y cuatro*

*mamá y los tíos fueron al Rastro:*

*nos compraron tres libros:*

La cuesta encantada, Nómadas del Norte

*y*

El último mohicano

*y de la mano de ese indio solitario*

*entramos en el mundo de lo maravilloso*

*y lo tuvimos todo para siempre.*

*Y ya nadie podrá quitárnoslo. (E.G , 152)*

Se aferró a los libros como un náufrago, porque ella ya sabía que *si nos desempalabraran nos convertiríamos en seres sonámbulos* antes de que Félix lo escribiera. Estaban predestinados: autodidacta él también, amante de la música y el verbo, niño de la guerra que nació—en un gesto poético en sí mismo – en la confluencia entre la Calle Calvario y la Calle Concordia. A sus vidas llegó su hija Guadalupe, una niña cuyo rostro milagroso lograba que su madre olvidara a veces la palabra *muerte.* *Pero la muerte no interrumpe nada*, como bien sabía otra bendición que había entrado en sus vidas poco antes, encarnada en Luis Rosales, otro náufrago más, maestro y amigo, con quien Félix se reunió hace mañana un año. Allí estarán los dos con Paco de Lucía hablando de flamenco, tocando hasta las tantas y en la gloria.

 Cuando Francisca contaba con 42 años verá la luz su primer libro publicado, *Ítaca*, tras un larguísimo proceso de corrección. Se lo tomó con paciencia, como le había aconsejado Rosales, y se nota en la altísima calidad de la obra, que obtuvo en Premio de Poesía Leopoldo Panero 1971. Penélope hará de la ausencia, la casa y el telar el espacio de construcción de sí misma, de su yo femenino, porque Ulises no quiso o no supe verlo, pero *Ítaca está dentro o no se alcanza.*

 Junto a referentes de lo que se consideraría “alta cultura”-sin entrar ahora a discutir el término en sí- la obra de Aguirre se encuentra cuajada de otros populares que también enmarcaron su existencia y que la sitúan en un eje espaciotemporal determinado. Su escritura está muy ligada a su biografía, y omitirlos sería falsearla: Machín y La Piconera se codean con Vallejo o Bach. Todos caben en sus versos, porque ella bebió de cuantas fuentes tuvo a su alcance. Con todos los *Maestros cantores*, incluidos los anónimos, charla de tú a tú.

 En su obra *Los trescientos escalones* (1973-1976), alude al cuadro que su padre pintó y recrea una infancia junto a sus hermanas y demás familia, dura, durísima, pero llena de amor y optimismo: *Aquellas niñas, a pesar de todo, no se creyeron su leyenda negra/y se fueron a compartir lo que tenían: su hambre y sus canciones*. En *La otra música* (1973-1977), mostrará el amplísimo abanico de sugerencias que para ella tiene el flamenco, las sonatas, las romanzas o los conciertos, que necesitan un *Ensayo general* (1988), título retomado para el volumen de Poesía Completa (1966-2000) en Calambur. Otra composición musical dará título con ecos pessoanos a su libro de 1999 *Pavana del desasosiego* y de un tango obtendrá también el verso para *La herida absurda* (2006, Bartleby editores). En él, una vez más, la autora reflexionará sobre la muerte, pero aferrada *al milagro/, a la ciega esperanza del sosiego/y a la terca ambición de la unidad.*

 Por haber vivido en un tiempo en que *las sobras del pan nunca se tiran*, la poeta canta continuamente la humildad de las cosas pequeñas y cotidianas, que demasiadas veces yacen-como la vida- envueltas en olvido. Incluso les escribirá un libro entero para acunarlas: *Nanas para dormir desperdicios*, publicado en 2007 por Hiperión y Premio Valencia Alfonso el Magnánimo. Una de las claves de su escritura y acaso de su vida la encontramos aquí, concretamente en la “Nana del odio”: *Pero sé bien que sólo la piedad del canto puede lograr que semejante fiera duerma*. La ligazón entre biografía y escritura para dar el salto de lo particular a lo social se percibe claramente en su *Historia de una anatomía* (2011), que parte de una visita del yo poético al médico, tras la cual se establece un paseo por las partes del cuerpo y sus funciones para pensarlas como metáfora: somos aliento *acelerado/en busca de un destino que convierta el vivir/en algo honroso.* Pero como persona sensible, a Francisca se le cae la cara de vergüenza al ver las tropelías que cometemos, y sobre ellas entabla *Conversaciones con mi animal de compañía* (2011), obra con la que gana el Premio Nacional de Poesía. Lo encabezan dos citas, una de Juan Ramón Jiménez (con quien también cierra el libro) y otra de su queridísimo Antonio Machado, uno de sus padres literarios y morales, a cuya generación se siente muy cercana, ella, que por no tener no tuvo ni generación a la que anclarse. Ni falta que le hace, porque su único precepto ético y estético es ser fiel a sí misma y a quienes presta su voz y su historia que es la de muchos. Sin necesidad de llevar puesto el anillo del Rey Salomón, el yo poético habla con absoluta familiaridad con animales de todo tipo-koala, gato, libélula, camaleón- que se encuentra en su casa—muchas veces en la cocina—para acabar reflexionando sobre la condición humana. Hay un toque casi de realismo mágico en cómo la voz poética cuenta que sufre un ataque de lumbago al sacar una lubina del horno y, mientras, oye el rugido de un león que tiene allí detrás con la pata lesionada por pisar el alquitrán de las carreteras. Felino y poetisa acaban charlando sobre machismo, antes de que él se despida y ella se tome un vino escuchando a Vivaldi y recordando una vez más a Don Antonio. Termina el libro con una carta a Darwin en la que la voz poética expresa su deseo de que *la madre Tierra nos proteja a todos nosotros de todos nosotros* y si no es así-que no estoy segura de que nos lo merezcamos-, que luego al menos queden *los pájaros cantando.* Quedémonos nosotros ahora protegidos por el canto sabio, por la memoria iluminada de la poesía de nuestra autora: Francisca Aguirre, acompáñanos.